

Morir, sin morir
y vivir, sin la vida
es el más arduo milagro
propuesto por la fe.

—Emily Dickinson

Rodeo Zulú Tango

Al considerar el motivo por el cual el colapso de la civilización se produjo con una rapidez tan asombrosa, debemos tener en cuenta el papel del sexismo: en casi todos los casos de los que se tiene constancia, los hombres no supieron reaccionar con la prudencia adecuada ante sus atacantes femeninas. Esto se denominó «el efecto Caravana de Mujeres», y provocó que la inversión radical de los roles tradicionales asignados a cada sexo entrara en conflicto con la asumida supremacía masculina, lo que nubló el habitual instinto de supervivencia. Durante la noche, el mundo en el que las mujeres solían ser el «sexo débil», al que con frecuencia no se atrevían a salir solas por miedo a que las agrediesen sexualmente, se transformó en el mundo en el que las violaciones y los asesinatos de hombres eran perpetrados por mujeres; en el que el tío más duro de todos no osaba asomarse a la esquina por miedo a perder la vida... y por miedo a su esposa. Esta no era una condición que la mayoría de los hombres pudieran asumir, para su desgracia. Mientras trataban de mantener su hegemonía sexual (interviniendo para «hacerse cargo de la situación»), los machos de nuestra especie se rindieron en manada ante la aniquiladora pasión de las ménades.

Proyecto Ménade

Marcus Washington, alias el Brujo,¹ estaba sentado a la mesa de juego tratando de juzgar los inexpresivos rostros de sus oponentes. Estaba prohibido apartar la vista de las cartas; estaba prohibido mostrar miedo. Quedarse quieto y jugar en serio con la sombra de la muerte acechando era una pura cuestión de honor.

Marcus conocía a aquellos hombres mejor que a su propia familia. Formaban el Pelotón de los Presidentes Muertos, y se sentaban en cada uno de los puntos cardinales de la brújula: Righteous Weeks miraba al norte, donde gozaba de la mejor panorámica; Little Rock miraba al oeste; Cal 50, al este; y el Brujo estaba en el punto ciego, ubicación que se disputaban a la pajita más corta antes de empezar la partida; todos eran tipos fríos que no se asustaban fácilmente. Pero ahora estaban nerviosos, cierto. La pregunta era: ¿lo bastante nerviosos?

Marcus podía oír al payaso danzante tras de sí y el zumbido expectante de las tribunas; sentía la diana en su espalda, sabía que le convenía escoger con cuidado su siguiente movimiento o podría ser el último. *El chico parece un gato de cola larga en una habitación llena de mecedoras*, pensó al ver la sonrisa congelada de Calvin. Tal vez fuese un buen momento para marcarse un farol.

Righteous acababa de subir dos dólares y los otros los habían visto, así que Marcus dijo:

—Veo tus dos dólares y subo cinco más. —Añadió sus fichas.

La tensión crecía como el vapor en un hervidor de agua. Sí, iba a estar reñida la cosa.

Little Rock y Calvin se vinieron abajo, sacudiendo la cabeza. Righteous lanzó sus fichas disgustado y dijo:

—Lo veo, hijo de puta. Enseña tus cartas.

Marcus no tenía cartas que enseñar, era un puro farol. Se sintió desnudo bajo el delirante brillo de las luces del estadio. Si no ocurría nada que lo evitase en aquel instante, iba a tener que mostrar

¹ N. de la t.: En el original, «Voodoooman». Es el título de una película de terror dirigida por William Beaudine en 1944, y que en España se tituló *El Brujo*.

sus cartas y perdería su credibilidad como jugador, además de los diecinueve dólares del tarro. Entonces la piel de su cabeza rapada se estremeció. *Oh, mierda.*

Algo ocurría.

Los otros tres retrocedieron al unísono de un salto, y el Brujo apenas tuvo tiempo de esquivar a un angus hereford negro, una tonelada de cabreo en estado puro que llegó arrasando con la partida como una locomotora astada e hizo que las cartas, las fichas, la propia mesa, así como los jugadores y las sillas sobre las que se sentaban, saliesen despedidos en todas direcciones.

El público estalló en sonoras carcajadas; el póquer de presos era el acontecimiento más popular del rodeo de la prisión. La última celebración del año y, en esta ocasión, el último rodeo del año, ya que se trataba de la Nochevieja del Lazo.²

—Mierda, tío, ha estado cerca —dijo Righteous Weeks mientras ayudaba al Brujo a levantarse y le entregaba su sombrero—. Y tú eres un negrata pirado. Tiene ojos en la nuca, el muy hijo de puta.

—Recuerda que la mano es mía, soy el último que se ha quedado sentado. Novatos.

—Te lo has ganado, hermano. Pura ira de toro. ¿De verdad tenías algo?

—Qué va.

Weeks se echó a reír mientras se sacudía el polvo.

—Lo suponía. Joder. Vale, llevemos a este cachorrito a la cama.

Eran casi las diez de la noche, faltaba una hora para el cierre de celdas. Los animales tenían que regresar ya a sus corrales y los agotados y maltrechos internos a sus celdas (los que no, era porque los habían trasladado a la enfermería de la prisión o porque iban de camino al hospital estatal). Ahora comenzaría la velada folk, en la que habría grupos tocando mientras los hombres y las mujeres libres bailaban y bebían hasta medianoche sobre el sucio

² N. de la t.: En inglés, «New Year's Ropin' Eve». Juego de palabras que hace referencia al programa-concierto que se celebra en Nochevieja en Times Square en Nueva York, denominado *New Year's Rockin' Eve (Nochevieja del Rock)* y organizado y televisado por el canal ABC.

y rojizo ruedo. Luego todo acabaría con unos fuegos artificiales. Ningún preso estaba invitado.

El Brujo estaba ayudando a acorrallar al toro cuando se oyeron los primeros gritos en las gradas.

Alzó la vista y se sorprendió al contemplar un gran revuelo entre los espectadores: hombres y mujeres forcejeaban entre sí, y los guardias y funcionarios de la prisión se apresuraban a intervenir. Al principio pensó que era una broma, una especie de numerito programado: varios cientos de mujeres a horcajadas sobre los hombres, inmovilizándolos con sus cuerpos, y asfixiándolos con lo que parecían ser besos apasionados. Pero claramente no había nada divertido en aquello. Algunas personas solo estaban enfadadas y les advertían a sus hijos que no miraran, pero los que se encontraban más cerca del tumulto estaban visiblemente asustados por algo. Otros miembros del público intentaban frenéticamente apartar a las parejas y gritaban en busca de ayuda.

—Damas y caballeros —anunció una voz por los altavoces—. Me temo que debemos pedirles que se abstengan de causar alboroto. Sé que es Nochevieja, y todos hemos bebido un poco, pero recuerden que nos encontramos en las instalaciones de una penitenciaría y debemos actuar de acuerdo con las normas. Es por su propia seguridad. Este es un espectáculo familiar. Todos estamos aquí para divertirnos, pero no se tolerará escándalo alguno.

Marcus observó como cinco personas, dos de ellas agentes estatales, conseguían reducir a una mujer, luchaban con todas sus fuerzas para colocarle unas esposas y le inmovilizaban la cabeza. Otros hombres intervenían en la detención de la mujer, escandalizados por el tosco trato que estaba recibiendo. Intentaban ser galantes. Mientras tanto, el hombre al que había besado parecía una muñeca rota, despatarrado sobre el banco.

La hostia, pensó Marcus, ese hombre está muerto.

La mujer tenía un aspecto... raro. Rociada con spray de pimienta, su rostro estaba contraído en una máscara de oscura ira (¿o era placer?), su boca era un enorme abismo y los ojos casi se le salían de las órbitas. Vestía un disfraz de vaquera muy sexi

con flecos de gamuza, ahora todos rasgados y desordenados. Todas tenían aquella pinta, todas luchaban como gatas salvajes por alcanzar a los hombres. Marcus pudo ver los tendones marcados de sus cuellos; cuellos, observó, azules. Todas las mujeres parecían tener la piel azul.

De repente, el muerto volvió a la vida, se levantó de un salto y agarró a otro hombre que le estaba comprobando el pulso. El rostro del atacante estaba hinchado y morado por el estrangulamiento; tenía la lengua negra, pero su experiencia cercana a la muerte no lo había debilitado en absoluto. Los espectadores chillaron sorprendidos y retrocedieron a trompicones mientras los dos hombres se propinaban una paliza entre los bancos hasta caer bajo las gradas y quedar fuera del campo de visión.

Marcus no tenía muy claro si reír o llorar. Aquello era lo más increíble que había visto nunca. Debía de ser una especie truco... Debía serlo.

Se disparó un arma al aire y un agente gritó:

—¡Que se siente todo el mundo! ¡Es una orden!

La voz insistía por megafonía:

—Damas y caballeros: les rogamos que permanezcan en sus asientos y colaboren con las autoridades. No se dejen involucrar en esta reyerta. Nos ocuparemos de los responsables enseguida si todos permanecen en sus asientos y se abstienen de provocar más confusión. Todo el personal del rodeo y los funcionarios tienen instrucciones de regresar inmediatamente al punto de encuentro. Que todo el mundo mantenga la calma. La situación está bajo control. Lamentamos las molestias causadas.

Los actores del rodeo y los funcionarios no estaban escuchando. Todos habían dejado de hacer lo que estuviesen haciendo y llamaban a sus esposas y novias que permanecían en las gradas, o simplemente observaban atónitos el caos que se extendía sobre ellos. Los animales empezaban a ponerse nerviosos con el ruido.

Mientras frenaba a uno de los ponis, Righteous Weeks gritó:

—¿Qué está ocurriendo? ¿Alguien ha organizado una fuga y no me he enterado?

El Brujo solo acertaba a sacudir la cabeza:

—No creo. Se tratará de una puta maniobra de distracción.

—Tienes razón —admitió el Brujo arrastrando las palabras con su acento de Texarkana.

A pesar de lo que decían por los altavoces, nada estaba bajo control. De hecho, los disturbios se propagaban como el fuego y se duplicaban en cuestión de minutos. El número de policías disminuía cada segundo que pasaba, y algunos de ellos ya se estaban uniendo a la refriega, enloquecidos y con el rostro azul como las mujeres, atacando y forcejeando con cualquiera y derribando a sus víctimas, como si fueran arañas atacando moscas para succionar la vida de su interior: el beso de la muerte. *Poción de amor número 9*,³ pensó Marcus. Pero aquello no tenía ninguna gracia. Todo estaba sucediendo tan deprisa... Las personas morían; estaban tan muertas como cualquiera de los cadáveres que Marcus había visto en su vida, y había visto unos cuantos. Pero entonces ocurría la cosa más extraña, lo más ridículamente descabellado que podía ocurrir. Las víctimas, los cuerpos, congelados en su último rictus, se ponían en pie de un salto y atacaban a alguien. Era como una especie de corre que te pilló asesino: «Tú la llevas».

El Brujo podía ver toda aquella locura porque la multitud disminuía a medida que la gente huía de las gradas. Corrían hacia el ruedo, dispersándose en todas direcciones, y los horribles atacantes azules los perseguían. Marcus no podía creer la cantidad de aquellas cosas que había ya. Unos minutos más y no quedaría nadie vivo y cuerdo sobre la arena. Durante un rato todavía se oyeron algunos tiroteos aislados, pero luego no más armas, no más guardias ni más control.

Paralizado por la impresión, el Brujo dijo:

—¿Qué coño les están haciendo?

—No lo sé, hermano, pero tenemos que salir de este puto sitio.

³ N. de la t.: *Love Potion Number 9* es el título de una canción de la década de los cincuenta interpretada por The Clovers, que habla de un hombre al que le recetan una poción que hace que se enamore de todo lo que ve.

Un hombre con un niño pequeño a cuestas corrió hacia ellos, gritando.

—¿Qué cojones esperas que hagamos? No estamos armados.

—¡Por favor! ¡Ya vienen! —De repente, alguien lo derribó de un salto, una adolescente de aspecto salvaje. Se abalanzó sobre él como una serpiente que se va a tragar una rata. Era como si creyera que podía deslizarse por su cuerpo a través de su boca. Los dientes de ella se rompieron contra los de él. El niño cayó al suelo y se quedó allí, chillando.

Pudieron oír el ruido del pecho de aquel hombre al hundirse, semejante a cuando alguien sorbe por una pajita los posos de un batido.

El Brujo agarró al niño y lo puso sobre el asustadizo caballo, le ató una cuerda a la cintura y lo sujetó a la silla.

—Agárrate a su cuello con fuerza y no lo sueltes —dijo, sacudiendo al chiquillo por el hombro para que este reaccionase—. ¿De acuerdo? —El niño asintió entre lágrimas. Marcus se dirigió a Righteous Weeks—: Monta con él, tío. ¡Venga!

—Hazlo tú. Yo no voy a pringar con el secuestro de ningún niño.

—¡Solo tienes que cabalgar hasta salir de este lío y dejarlo con alguien!

Antes de que Righteous pudiera responder, el caballo se encabritó súbitamente y pegó un tirón que le hizo perder el equilibrio y soltar las riendas.

—Maldita sea —dijo, mientras miraba a su montura favorita escaparse con el vociferante niño sobre su lomo.

—No hay nada que podamos hacer —dijo el Brujo en tono grave—. Vamos.

Se dejaron llevar por la muchedumbre histérica que salía del ruedo. La gente era atacada por la izquierda, por la derecha, o caía al suelo y la pisoteaban. Mientras los dos convictos atravesaban la entrada apretujados, vieron a su compañero de celda, Cal 50, que galopaba hacia ellos sobre otro caballo, el gran semental percherón del director de la prisión. Cal llevaba a una mujer azul atada de pies y manos entre sus piernas, y a una niña colgada de

su cintura por detrás. Mientras cabalgaba tenía que apartar a la mujer con una mano para evitar que se liberase de las ataduras. Muchos le suplicaban que se detuviese, que los salvase a ellos también, pero él los ignoraba, retiraba sus ansiosas manos como si fuesen matorrales.

Al aproximarse al Brujo y a Righteous Weeks, gritó:

—¡He atado a Darleen! ¡No estaba bien, pero me las llevo a ella y a Maybelline!

Antes de que pudiera alcanzarlos, uno de los seres demoníacos saltó de la multitud y derribó a Cal 50 de su silla de montar, junto con su mujer y su hija. El caballo se encabritó y golpeó a alguien en la cabeza. Sonó como a vajilla rota.

—¡Tenemos que atrapar a ese caballo! —voceó el Brujo. Y los dos hombres se sumergieron en la menguante multitud para ir tras él.

Aquellas cosas se dirigían hacia el sur a gran velocidad; hileras completas de personas que huían, caían vencidas a su alrededor. El caballo se convirtió en su única esperanza. Marcus cayó en la cuenta de que sin él no serían más que ovejas: presas fáciles para los voraces lobos que les pisaban los talones.

Pero justo cuando alcanzaron al cabeceante animal y Righteous tomó las riendas, el Brujo supo que era demasiado tarde.

Tenían a los demonios encima.

Por el rabillo del ojo, Marcus vio algo feo que corría hacia él, un espantajo de rostro azul con una mata de pelo pajizo y rubio. Lo agarró con fuerza por el cuello y lo empujó contra la grupa del caballo, lo cual hizo que el animal se sacudiese y empezase a cocear. Notó que el vigor de los cascos del caballo pasaba junto a su rostro como un rayo, con la fuerza suficiente como para partirle el cuello o hundirle el cráneo si lo hubiesen golpeado. Pero en lugar de eso, chocaron contra la cosa que tenía a la espalda: dos émbolos herrados directos a la cara. Algo le salpicó la nuca y, al instante, ya no notaba peso alguno sobre él.

Al volverse se topó con un pelotón entero de demonios azules que se agolpaba y con que Righteous no se había dado cuenta de

aquella invasión final porque estaba demasiado ocupado apaciguando al caballo como para verlos venir.

—¡Cuidado! —gritó, justo cuando el otro interno saltó sobre la silla. Marcus se sujetó a su cintura y puso un pie en el estribo, de forma que se quedó colgando por el costado como un jinete de circo, mientras Righteous castigaba al animal para que este se pusiera en movimiento.

El caballo no se decidía; sacudía la cabeza, confuso, girando hacia los lados para ver a la manada de arpías enloquecidas que se acercaba por detrás. Sus ojos, color manzana golden, se inundaron de pánico.

—¡Arre! —gritó Righteous, golpeándole los flancos—. ¡Corre, zorra!

De pronto, una enorme sombra jorobada salió disparada de la oscuridad en dirección a la manada de bestias, atropellando a unas y lanzando a otras a derecha e izquierda con las afiladas puntas de sus cuernos: un enorme Brahma con los ojos inyectados en sangre.

—¡Condenado! —chilló Righteous—. ¡Es Condenado! ¡Alguien debió de dejar abierto su corral!

El toro dio vueltas alrededor del aterrado caballo y a punto estuvo de cornear a Marcus al pasar junto a él, en estampida, hacia las mayores concentraciones de gente, en el aparcamiento de visitantes. Marcus se estremeció cuando los cuernos le pasaron rozando, lo bastante cerca como para rasguñarle la espalda. Aquella sería la ironía definitiva: que después de todo lo que había ocurrido, muriese arrollado por un toro. Pero no lo tocó, sino que siguió su camino.

La visión del toro hizo reaccionar al caballo, atenzado por el pánico, que inmediatamente lo siguió al galope. Marcus se encaramó a la grupa del caballo y se sujetó a la cintura de Righteous Weeks mientras decía:

—No te imagines cosas que no son. Esto no significa que estemos comprometidos.

—Tú agárrate fuerte.

Weeks dirigió al caballo de costado hasta detrás del ruedo para apartarlo de la multitud y de la zona más transitada. Una enfurecida horda de maníacos los perseguían, pero Marcus espoleó al animal y las criaturas quedaron atrás en la oscuridad. Había más gente tratando de refugiarse, esparcida por las instalaciones y corriendo para alejarse de los edificios de la granja. Cuando vieron el caballo, algunos se volvieron para suplicar ayuda e inmediatamente fueron atacados por bestias de rostro azul. En la zona de la cerca se oían tiros disparados por guardias apostados en las torres que intentaban detener lo que creían que era una fuga masiva. Righteous no pensaba acercarse por allí bajo ningún concepto. ¿Que le pegasen un tiro al intentar fugarse teniendo la vista para la condicional el mes siguiente? Ah-ah. Ignorando a los civiles, gritaba a cada preso que pasaba:

—¡Apartaos del perímetro de la cerca! ¡Meteos en el edificio principal!

Los autobuses de la prisión y los camiones con remolques para caballos salían a toda prisa del punto de encuentro de la parte trasera, algunos cubiertos de atacantes enloquecidos, otros chocando entre sí antes de poder abandonar el aparcamiento. Las bestias estaban por todas partes. Marcus observó a una yegua agitarse aterrorizada mientras arrastraba desbocada una maraña de alambre de espino con gente atrapada en él.

Durante el frenético trayecto hacia la verja interior del campamento (el complejo central triplemente fortificado que contenía el bloque principal de celdas), Righteous y el Brujo se encontraron de nuevo en medio de una turba que huía, pero en esta había menos dementes a la vista, tal vez porque todos los espectadores habían corrido prudentemente en dirección opuesta y estaban atascados en la salida. Esta multitud resultaba mucho menor, formada fundamentalmente por presos y funcionarios, ni una sola mujer, algunos incluso armados.

Los guardias de la verja contemplaban estupefactos que los hombres salían de la granja, sin supervisión y en un desorden total, farfullando de forma incoherente algo sobre mujeres locas

y demonios azules. Los guardias no trataron de detenerlos ni interrogarlos; eso lo dejaban para los supervisores de bloque y para el director, dondequiera que estuviese. Ya habían enviado al equipo de intervención rápida al ruedo, bien provisto de gas lacrimógeno y de munición más letal. Ataviados con sus imponentes uniformes negros y escudos antidisturbios, que los asemejaba a una cohorte romana, acababan rápidamente con cualquier problema, y los presos lo sabían. El procedimiento de emergencia durante una fuga consistía, primera y fundamentalmente, en confinar a todo el mundo en su celda, y aquellos chicos estaban visiblemente dispuestos a hacerlo por sí mismos.

El Brujo y Righteous Weeks eran otra historia: dos convictos que accedían a un área restringida a lomos del premiado semental del director suponían una clara violación de algo, y los guardias se apresuraron a apuntarles con sus armas.

—¡Deteneos justo ahí! —gritaban—. ¡Bajaos de ese caballo!

—¡Tenéis que cerrar la verja! —gritó Marcus, bajando al suelo de un salto—. ¡Vienen justo detrás!

Ignorando a Marcus, el segundo guardia le gritó a Weeks:

—¿Qué creéis que estáis haciendo al traer ese caballo aquí? Devuélvelo adonde pertenece.

Entonces una repentina afluencia de hombres atravesó la verja, corriendo con los ojos desorbitados por la amenaza que los perseguía y que no se distinguía desde allí. Ninguno quería ser el último en entrar.

—¿Es que no veis que prácticamente están aquí? —chilló Marcus, tanto a sus compañeros convictos como a los guardias—. ¡Cerrad la maldita puerta antes de que sea demasiado tarde!

—¿Demasiado tarde para qué? —se mofó el jefe—. Lo único que puedo deciros es que será mejor que tengáis permiso del director para montar ese caballo, eso es lo que os digo.

—¡Lo tenemos! ¡Él nos envió a deciros que cerréis la verja!

—¿Es eso cierto? ¿Por qué no se lo pregunto a él?

—¡No está aquí!

—Os podéis apostar el culo a que sí.

Una corpulenta figura surgió de la oscuridad corriendo frenéticamente. La gente se apartaba de su camino, no por el habitual motivo de que fuese el director, sino porque resultaba obvio que algo le ocurría. Incluso desde la distancia, parecía un animal rabioso.

—¡Director! —dijo el guardia alarmado, saliendo a su paso para ayudarlo—. ¿Está usted bien? Yo solo...

El guardia cayó al suelo de espaldas, arrollado por una fuerza brutal, y las colas del abrigo de lana del director Henrickson los cubrieron a los dos como una capa mientras la respiración del oficial Shooney era absorbida directamente desde sus pulmones.

Completamente aturdido, el segundo guardia se quedó quieto, impotente, esperando que algo de aquello adquiriese sentido. Marcus lo derribó y le arrebató la escopeta mientras gritaba:

—¡Adentro todo el mundo! ¡Vamos!

Righteous hizo que el semental atravesara la verja, abriéndose paso entre la muchedumbre agolpada, y seguido de cerca por el Brujo, que arrastraba al guardia consigo, así como por unas cuantas docenas de rezagados.

Entonces se acabó el tiempo: los hombres que estaban dentro empujaron la alta y pesada verja corredera ante los gritos de los que aún no habían entrado, que se lanzaban pendiente arriba rodeados por todas partes de extraños engendros que parecían sacados de una pesadilla.

—¡Por favor, Dios, dejadnos entrar! —chillaba uno.

El Brujo le apuntó con la escopeta, a él y a todos, para que se apartasen de la verja.

—Que nadie toque la verja. ¿De acuerdo? ¡Que nadie toque la verja!

—¿Qué coño se supone que vamos a hacer? —preguntó Righteous.

—Entrar y esperar a que lleguen los SWAT.

—Más bien la Guardia Nacional.

—O los putos marines de Estados Unidos, ¡maldita sea!

Los gritos aterrorizados del otro lado parecieron despertar al guardia de su estupor. Se zafó del Brujo, recuperó su rifle y gritó:

—¡Todos a vuestras celdas! ¡Volved a vuestras celdas y esperad allí! —Lo recorrió un escalofrío y, de repente, vomitó en los zapatos. Temblando, estremeciéndose por el clamor del otro lado de la verja, se limpió los labios y dijo—: ¡Todo está bajo control! ¡Todo está bajo control! ¡Regresad a vuestras celdas ahora mismo!

Nadie puso ninguna objeción.

Mar muerto

La costa estadounidense, cubierta de una oscuridad agorera como si fuese una costa caníbal, se vislumbraba bajo la luz de la luna en forma de pálidos acantilados sobre una fina capa de espuma blanca. El comandante Harvey Coombs sabía que, supuestamente, allí había casas, las famosas mansiones de Newport, pero no alcanzaba a ver nada, ni una sola luz. Tampoco había visto ninguna otra ciudad o pueblo: Falmouth, Fall River, Nuevo Bedford... Los incontables puertos de mar del sur de Nueva Inglaterra estaban a oscuras. Mirar hacia la negra línea de costa era como escudriñar un túnel a través del tiempo: se veía de un modo en el que no se había visto en siglos.

Peregrinos, pensó Coombs bajando los prismáticos. *Somos peregrinos*.

Así era, ni más ni menos. Aquello ahora era un páramo, el Nuevo Mundo.

Coombs se frotó los hinchados párpados como para recordarse a sí mismo que estaba despierto, que aquello no era un sueño. La incisión de su frente, recientemente cosida, era lo bastante real; el agujero en el cráneo aún le dolía. Ahora que ya no tenía una misión con un objetivo claro, los acontecimientos de los últimos meses iban creciendo en su mente como un tumor, una masa enconada de conocimientos inconcebibles que seguía aumentan-

do de tamaño y eclipsando el consuelo de la fe, la esperanza y el pensamiento racional.

¿Cómo podía haber ocurrido? El agente X, el horror xombi, Thule y el siniestro paraíso de los moguls, y ahora... ¿qué? No existía vuelta a casa posible, no había fin del viaje. Finalmente había acabado capitaneando no un submarino de clase Ohio, ni un buque propiedad de Estados Unidos, sino un barco fantasma propulsado por energía nuclear, un holandés errante moderno, embrujado, perdido, y condenado a navegar por un mar muerto por toda la eternidad.

En alguna parte de sí, Coombs había albergado la esperanza de regresar y encontrarse con un país resplandeciente y cuerdo como un faro en el horizonte, a pesar de que la monitorización continua de todas y cada una de las frecuencias de radio no revelaba más que aire muerto, el silbido vacío de lo estático. Incluso los sonidos del océano Atlántico habían retornado a un estado primigenio, carentes de ecos humanos. Aquella agitación permanente de la tecnología marítima, tan familiar para la tripulación de un submarino, había desaparecido. Allí fuera ya no quedaba nada más que oír, solo los ocasionales ruiditos y chapoteos de los peces. Aquello y el sigiloso ritmo de su propio barco. Pero aun así había alimentado su chispa irracional de que algún vestigio de Estados Unidos lo estaría esperando, como una vela encendida bajo el viento.

Pero no. Se había acabado. Verdaderamente era el fin. Y en ese caso, ¿qué demonios estaban haciendo? Todos y cada uno de ellos ya estaban muertos, solo que no yacían.

Como los xombis.

Pero ¿qué más había allí?

Sus auriculares crujieron:

—Comandante Coombs, la doctora Langhorne solicita permiso para hablar con usted.

—Dígale que ahora bajo. —Pronunció aquellas palabras con la boca seca de un hombre que descendía a una catacumba, a una cámara de los horrores. Eso era ahora el barco para él: una tumba de acero de doscientos metros.

Harvey Coombs era un hombre que nunca había creído demasiado en lo sobrenatural. No era supersticioso ni especialmente religioso más allá de lo que se espera de cualquier oficial militar centrado y equilibrado. En su ser racional no existía marco de referencia alguno para todo lo sucedido en los cuatro meses que habían transcurrido desde que le asignaran el mando de aquel barco indescriptible; su primer y único mando. No era capaz de comprender la noción de purgatorio, o infierno, o fin del mundo. Pero había una palabra para la atmósfera que había invadido aquel barco y a su tripulación: miedo. La muerte acechaba bajo la cubierta, de una forma bastante literal, y los vivos sufrían su inefable presencia imponiéndose al más puro terror.

Miedo no, murmuraba. *Miedo no, de miedo nada, de miedo nada. Miedonauta*. Tuvo que sonreír ante aquella absurda asociación. *Jasón y los argonautas*⁴ *se encuentran con Lulú y los miedonautas*. No sonaba exactamente a leyenda griega, sino más bien a nombre de banda de música cutre. Y ya tenían una de esas a bordo.

Mientras descendía a través de las frías y húmedas cámaras del interior de la monolítica vela negra, Coombs pensó (como tan a menudo últimamente) en la suerte, en el puro azar que lo había llevado a la Marina y, por extensión, a aquel lugar extraño e infernal. Habría sido tremendamente fácil que nunca ocurriese. Incluso ahora podría estar allí fuera, perdido más allá de aquella costa negra, entre la multitud azul. Igual que todos los demás.

Pudo notar las miradas ansiosas de la tripulación clavadas en él mientras atravesaba el centro de control. Buscaban la confirmación de lo que todos sentían y de lo que todos querían que él sintiese. Así podrían reconfortarse con la idea de que él estaba haciendo algo al respecto, de que se hallaba sereno, que era el líder competente que necesitaban que fuese. Pero no podía hacerlo; Harvey no podía ofrecerles esa seguridad. No podía ofrecer tal esperanza.

⁴ N. de la t.: Referencia a la mitología griega. El héroe Jasón viaja a la Cólquide en la nave Argo en busca del vellocoino de oro. Los marineros de esta nave reciben el nombre de argonautas.

—Mantengan el rumbo actual —dijo—. Rich, ocupe la torre de mando un momento.

—Sí, señor —respondió gravemente su segundo comandante—. Robles, usted y Phil bajen con él.

El teniente comandante Dan Robles se levantó de su consola.

—Descanse, Dan. Esta vez no necesito escolta.

—Es solo por precaución.

—Lo sé, pero ha pasado una semana, y creo que podemos aflojar un poco. La buena de la doctora parece estar manejando bien las cosas ahí abajo. Ella es la experta.

—Con el debido respeto, no estoy de acuerdo, capitán —dijo Kranuski—. No podemos permitirnos bajar la guardia, no con ellos a bordo. Crea lo que crea la «doctora Quinn», es demasiado peligroso.

Richard Kranuski a menudo se mostraba en desacuerdo con Coombs en lo relativo al funcionamiento del barco, y contaba con cada vez más apoyo entre la exhausta tripulación improvisada, pero Coombs no creía que el segundo comandante fuese a amotinarse; si bien las cosas estaban mal, aún no habían llegado a ese punto. El terror era un buen factor disuasorio.

—Si Langhorne se siente lo bastante a salvo para planchar la oreja sola ahí abajo —dijo—, yo debería poder echar un pequeño vistazo. —Le dio unas palmaditas al arma que llevaba colgada a la cintura—. Aún tengo mi vieja cerbatana.

—No le hará ningún bien si...

—Nada nos hará ningún bien a ninguno, Rich, si se trata de eso. En algún momento tendremos que confiar únicamente en el destino.

—No fue el destino el que trajo a esas cosas a bordo —puntualizó Alton Webb desde la mesa trazadora.

—Guárdese eso para usted —dijo Kranuski con dureza, refrenando a su hombre. Y dirigiéndose a Coombs, añadió—: Bueno... Le toca salir a escena, capitán.

—Gracias por recordármelo.—Coombs se deslizó por la escotilla.

Mientras descendía por la escalera de cámara, apresuró el paso deliberadamente para no darse tiempo a pensar. La zona de trabajo

de Alice Langhorne se encontraba en la sala de control de la vieja misión, la cubierta que en su día había albergado los sistemas de lanzamiento nuclear del submarino. Ahora estaba vacía, una cáscara desierta en la tercera cubierta del módulo de comando y control, la sección de proa de la nave. La escotilla estaba acordonada y cerrada con una cinta roja de advertencia. Alguien, probablemente un adolescente, había garabateado «¡Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!»,⁵ bajo unas grandes tibias y una calavera. Utilizando su llave de acceso, Coombs abrió la puerta.

Allí dentro, la mitad de las luces permanecían apagadas; estaba oscuro y húmedo como un sótano. En el centro de la estancia había un pequeño ataúd de cristal bañado en luz artificial, con una chica muerta en su interior. Estaba azul; tanto su piel como su ropa eran azules, y su brillante cabello negro se abría en abanico alrededor de su cabeza. Era una escena de funeral, inquietantemente onírica.

Coombs atravesó el elevado umbral. La chica era Louise Pangloss, Lulú, la hija de Fred Cowper. El comandante retirado Fred Cowper, que se había apropiado del submarino como si de un barco de refugiados se tratase para llenarlo con un puñado de trabajadores del astillero descontentos y sus hijos adolescentes. Fred Cowper, al que Coombs había arrestado por traición, para más tarde presenciar su traslado a tierra en la base aérea de Thule para que lo interrogasen acerca del «tónico» desaparecido, el antídoto robado que podía acabar con el agente X. Harvey no supo qué le había ocurrido a Cowper después de aquello, no hasta su huida de Thule, cuando hallaron el cuerpo sin vida de Lulú aferrado a lo alto de la vela después de dos días de inmersión... con la cabeza rebanada de Cowper en su regazo.

Ahora parecía tranquila, cérea e irreal. Su urna era una vitrina de trofeos, sacada de la sala de oficiales, transformada en ataúd. La habían trasladado allí cuando los hombres empezaban a quejarse de que «la chica muerta apestaba el comedor de oficiales».

⁵ N. de la t.: Cita que figura en las puertas del infierno de Dante.

Ahora parecía como si la doctora la estuviese utilizando a modo de escritorio: había una silla junto a ella, y una caja de documentos en el suelo. Sobre los demás materiales, pudo distinguir una libreta de espiral con la etiqueta «*Xombis: una historia real*, por Louise Alaric Pangloss», así como varios discos de ordenador con las etiquetas «Proyecto Ménade. Archivos Mogul, vol. I-VII». Al hojear el cuaderno y recorrer con la vista los densos bloques de diminuta caligrafía, Coombs sintió una punzada de lástima. Lulú había sido una chica lista, «lista como un ajo», como Cowper había dicho una vez.

Oyó un suave sonido tras de sí.

—¿Doctora? —dijo Coombs, tratando de sonar oficioso—. ¿Doctora Langhorne?

Las paredes empezaron a moverse.

Que no cunda el pánico... No, demonios...

Allí estaban, azules y fríos como parte de la maquinaria, como si hubiesen brotado de las propias entrañas del barco. Cuarenta, apretujados allá donde cupiesen entre conductos, tuberías y soportes de consolas vacíos, como sapos bajo un tronco putrefacto.

Al sentir su presencia habían empezado a despertarse y se habían puesto en movimiento como... como...

Como zombies, pensó. Cuando lo miraron con aquellos brillantes ojos arácnidos, Coombs tuvo que reprimir un escalofrío. Había visto a cosas como aquellas llevándose a sus hombres, había presenciado de cerca aquel beso xombi de pesadilla: un hombre luchando impotente, enganchado frente a frente a una de aquellas monstruosidades azules como una rata en las fauces de una serpiente, mientras la boca abierta del demonio cubría la suya e instantáneamente succionaba todo el aliento de su cuerpo; el inconcebible horror en los moribundos ojos de la víctima. Coombs deseaba, sobre todo, poder olvidar el sonido, aquel espantoso crujido de pulmones colapsándose, de costillas y vértebras abollándose. Un ser humano vaciándose como si fuese el cartón de zumo de un niño.

Y entonces, segundos después, volviendo a la vida como uno de ellos.

Los xombis se acercaban a él, se deslizaban lentamente con sus ojos negros y permanentemente abiertos clavados en él, como fascinados. Acechándolo. Algunos eran hombres y chicos a los que conocía (Ed Albemarle estaba allí, y el nieto de Vic Noteiro, Julian), desnudos y muertos. Coombs liberó la presilla de la funda de su pistola. Ya no se sentía seguro. Empezaba a pensar que no había sido una idea tan estupenda, que a lo mejor aquello era todo, el último error que cometería en su vida.

Me lo tengo merecido. No, mierda...

—Comandante —dijo Alice Langhorne, apareciendo por detrás y casi provocando que descargase su arma. Les hizo un gesto a los xombis para que se apartasen—. Fuera, chicos. —Mientras se alejaban, dijo—: Lo siento. Solo están siendo amables.

—Doctora —dijo Coombs, con la boca seca como el papel. Se aclaró la garganta y preguntó—: ¿Cómo está nuestra pequeña Blancanieves?

—Sigue inerte. Aún está aletargada.

—¿Cómo puede decir que está viva siquiera?

—Bueno, es que estrictamente hablando no lo está. Pero como puede ver, no hay evidencias de deterioro físico, ni de descomposición. Incluso en esa cámara hiperbárica, las células de su cuerpo continúan con su metástasis. Y es bueno que lo hagan: sin su habilidad para sintetizar la enzima de Miska en su sangre, no habría manera de apaciguar a los demás. De la noche a la mañana vuelven a su estado habitual.

—¿No se quedará seca?

—Puede regenerarse indefinidamente; lo único que necesita es una pequeña transfusión de hemoglobina para compensar la pérdida de volumen.

—¿Hemoglobina? Phil Tran me dijo que estaba con glucosa.

—No nos queda glucosa. Además, la solución salina y la glucosa no sustituyen a la sangre... No podemos correr riesgos con ella. Es nuestra gallina de los huevos de oro.

—¿Dónde consigue la hemoglobina?

—La estoy donando yo misma, por ahora.

Coombs había notado que el rostro de la doctora estaba un poco lánguido, pero se lo había tomado como algo normal. Todo el mundo palidece en un submarino, son gajes del oficio. Pero ahora...

—No puede seguir haciéndolo —dijo con firmeza.

—Es una cantidad mínima, un par de centímetros cúbicos diarios. No hay otra alternativa, a menos que quiera solicitar donaciones a la tripulación. Creo que ambos sabemos cómo acabaría eso.

A Coombs no se le ocurrió nada que responder a aquello.

—¿De qué me quería hablar? —preguntó.

Langhorne se alzaba sobre él, más alta y más entera que él, rigurosamente competente y, tranquilamente, diez años mayor. Su cabello era un cepillo platino, una mata rasurada de agujas de cristal que asomaba de su cuero cabelludo como una corona. Como el resto de personas a bordo, llevaba un vendaje en la frente que cubría el lugar del que se le había extirpado el implante de localización mogul. Ella había sido la encargada de extirparlos. Sin anestesia.

Para una mujer de cincuenta y tantos, Langhorne irradiaba una especie de intensidad. Entre los hombres ya se había ganado cierta reputación de fulana, pero Coombs le agradecía su confianza, su poderosa determinación, que era algo que ahora mismo necesitaba desesperadamente. Todos lo necesitaban.

—¿Qué opina? —dijo ella con impaciencia—. El plan, Sherlock. Casi hemos llegado, ¿no es cierto? Necesitamos ejecutar el plan.

—No podemos elaborar un plan hasta no saber dónde tocaremos tierra. Ahora mismo ni siquiera sabemos si la bahía es navegable. No lo sabremos hasta que se vea algo ahí fuera, y eso no será hasta el amanecer.

—No es tan complicado. Solo tiene que acercar el barco lo máximo posible a la ciudad, hinchar una balsa, y estos chicos harán el resto.

El capitán Coombs miró a los xombis, que daban vueltas sin rumbo con sus bocas semiabiertas y la mirada perdida en el vacío. Ahora que realmente se estaban aproximando a su destino, le

preocupaba la idea de que Langhorne pudiera estar equivocada, de haberse dejado atrapar por la falsa ilusión de la doctora. *Métete el plan por el culo*. Tal vez lo mejor fuese hundir el submarino ahora mismo y acabar con todo de una vez. El resultado final sería el mismo.

—¿De verdad cree que estas cosas van a ser capaces de llegar a tierra y ejecutar una misión compleja?

—Pueden oírlo, por cierto; están muertos, no sordos. Y no son estúpidos. Solo son un poco... lentos. Piense en ellos como si se encontrasen en una profunda depresión. —Sonrió con tristeza—. Pero ¿acaso no lo estamos todos?

—De acuerdo, genial, pero ¿realmente ha hablado usted con ellos? O sea, ¿sobre lo que van a hacer? ¿Son capaces siquiera de comprenderlo?

—Sí. No dicen demasiado, pero tienen buena voluntad, o al menos son bastante sugestionables. ¿Puede imaginárselo? El problema que tienen es que los bombardean nuevas sensaciones. Cada célula de su cuerpo está encendida como un árbol de Navidad por la infección ménade, y la euforia los abruma. Están «colocados». La enzima X modificada de la sangre de Lulú actúa como un depresor, los relaja lo bastante como para que puedan funcionar, pero necesitan supervisión. Por eso tenemos una conexión de vídeo para guiarlos por su recorrido. El único problema es el factor tiempo: carecen de sentido del tiempo, y si no están de vuelta en dieciocho o veinte horas, se pasará el efecto de la inoculación y perderemos el control sobre ellos; es decir, perderán el control de sí mismos. En cualquier caso, nunca los volveremos a ver.

—La mayoría de la gente de este barco vería eso como algo bueno.

—Sí, porque son imbéciles. Estos chicos son nuestra única conexión con tierra firme. Tal vez quieran intentar desembarcar ustedes mismos y ver qué ocurre.

—No, gracias. ¿Qué le hace pensar que serán capaces de encontrar lo que están buscando, esa supuesta vacuna, ese supuesto tónico de Miska? Creí que lo había destruido todo, y que lo que no destruyó se lo habían apropiado los moguls.

—Los moguls no conocían a Uri Miska como yo. Financiaron su investigación sobre longevidad, pero no trabajaron con él día tras día durante diez años. No sabían todo lo que hacíamos, ni conocían todos los lugares donde lo hacíamos. —Dijo esto con la amarga satisfacción de haberse casado con un mogul y divorciado de él, el ahora difunto James Sandoval, cuya empresa de contratistas navales había reformado el submarino para uso exclusivo de los moguls.

Como si pensara en alto, Alice Langhorne murmuró:

—El profesor Miska tenía secretos... Secretos que obviamente ocultó a todo el mundo, yo incluida. Lo admito. El muy hijo de puta tenía su propio plan, de eso no hay duda. —Miró el cadáver de rostro angelical en su urna acristalada y a Coombs le pareció detectar un brillo de lágrimas que asomaban—. El agente X no era más que la punta del iceberg, se lo puedo asegurar —dijo—. Continuamos sabiendo pocas cosas, ¿no es cierto, pequeña? Ah, sí. Aún tenemos algunos ases en la manga...

El comandante Harvey Coombs, capitán de lo que parecía ser el último submarino nuclear en activo del mundo, y probablemente el oficial naval estadounidense de mayor rango que quedaba en el planeta (incluso sin contar su ascenso de emergencia a almirante), miró entonces el atribulado rostro de la doctora Alice Langhorne, tal vez la última doctora en medicina viva, la última científica, tal vez incluso la última mujer, y pensó: *Está chiflada*. Y, a continuación: *Eh, tío, únete al club*.